

nombraron Obispos, privando al Cabildo de sus privilegios, fue derruido el Castillo...

...Y cinco de olvido

Cosas mas grandes tenía el Reino. La ciudad inicia su despoblación porque las grandes familias debieron elegir entre la Corte o sus casas rurales. Solo esta tierra era reconocida por la procedencia de quienes, aquí nacidos, alcanzaban glorias lejos: comenzó la caída, la diáspora. Hasta las prebendas en los pastos de La Mesta, para la Cabaña de Cuenca, se acabaron, pasando los privilegios a los ganados sorianos que huyendo de las consecuencias de las revueltas portuguesas, abandonaban la Extremadura buscando tierras más seguras.

No hubo más privilegios, ni estancias: Felipe II estuvo de paso, al regreso de las Cortes de Morón, lo justo para orar ante el cuerpo incorrupto de San Julián, allá en 1564. Felipe III lo hizo en 1604 y solo Felipe IV, en 1642, pasó un mes por estos pagos, entre Mayo y Junio, corriéndose una histórica francachela por Palomera y las Hoces, que levantaron la crítica del país, mientras el reino se tambaleaba.

Más tarde, Fernando VII, en el esplendor de su regreso, vino a Cuenca acompañado del Infante D. Antonio de Borbón, su tío, hospedándose en Palacio, después de aguantar en Uclés las impertinencias del Maestro Pradas, viaje que se completó con una estancia en el Solán de Cabras acompañado de su esposa D.^a Amelia de Sajonia, buscando la acción de las aguas minerales para curar su esterilidad y 34 años más tarde D.^a María Cristina de Borbón, reina regente.

El 5 de marzo de 1922, llegó a Cuenca, de riguroso incógnito D. Alfonso XIII. Salió de Madrid a las 11 de la mañana y llegaba al Puente de San Antón sobre las tres menos diez de la tarde, según registra el cronista de "El Día de Cuenca", visitando la Catedral, en cuyo menester invirtió diez minutos, entablado una breve charla con el entonces gobernador Sr. Camaña a quien encontró en la calle Andrés de Cabrera, y a quien le pidió compañía hasta Chillarón. El Rey, apunta El Día de Cuenca, "dijo a nuestra primera autoridad local que



PARA INAUGURAR EL SALTO DE VILLALBA VIAJO POR ULTIMA VEZ UN REY A CUENCA

no podía detenerse más tiempo porque precisaba estar en Palacio a las ocho y están las carreteras muy malas...". En aquel número del periódico local el Tío Corujo escribía estos versos:

Son las tres, domingo hermoso,
el rey en auto llegó,
de incógnito riguroso
y en la catedral oró.
Tranquila la población
del viaje no supo nada.
Menuda "revolución"
armó el rey con su llegada.

Cuatro años después, en junio de 1926, D. Alfonso volvía a pasar por



Y AHORA, EL REY QUE VIENE

Cuenca camino de Villalba de la Sierra, para asistir a la inauguración del canal de alimentación de la presa del Júcar, de la Eléctrica de Castilla. Eran las siete menos veinte de la tarde del día 15. Al día siguiente llegó a la capital. "El Día de Cuenca", en su número del 17-6-1926, publicó la siguiente crónica:

"Ayer fue un día memorable de júbilo para la ciudad que se vistió de gala, para recibir a su Monarca, que llegaba de su excursión de Villalba.

Todos los balcones ostentaban colgaduras nacionales y tras ellas, las mujeres de Cuenca, siempre bellas y siempre sonrientes. Carretería estaba de limpia como una tacita de plata", "una hora escasa permaneció entre los conquenses y marchó el rey compenetrado del afecto de las autoridades y del espíritu monárquico de la población, tanto de las clases elevadas como del obrero". El Rey fue recibido en San Antón, iniciándose el cortejo hasta la Catedral, luego pasó por Carretería. Visitó la Diputación y la Brigada Sanitaria, el Parque de Canalejas y volvió a salir por San Antón. D. Alfonso XIII saludó a diversas personalidades conquenses, especialmente al escultor Marco Pérez, prometiendo su vuelta para inaugurar el monumento a los Soldados Caidos en Africa, pero la visita no se produjo.

Corolario mínimo

En 1177, Cuenca, esta tierra, amanecía a la Historia y al progreso. Alfonso VIII sitió estos muros para abrir un portillo a la repoblación, dejando para Cuenca sus pastos, sus montes, sus ríos, liberándola de pechos y cargas, poniendo Iglesia y Concejo, haciendo peana a gremios que dieron los mejores artesanos de la piedra, del buril, de la rejería y las alfombras, posibilitando el protagonismo de genios de las letras, del pensamiento y de la guerra. Desde los días de la Casa Castellana de Borgoña hasta la Casa de Borbón, ¡ochocientos años ahora!, todo ha cambiado: D. Alfonso XIII pudo recibir el homenaje de 320.000 conquenses que poblaban la provincia. Hoy D. Juan Carlos I recibirá 100.000 homenajes menos... y es que como a las "ollas de los hidalgos" —que describía Cervantes— ocurre a la de Cuenca: "cada día es más menguada". ●